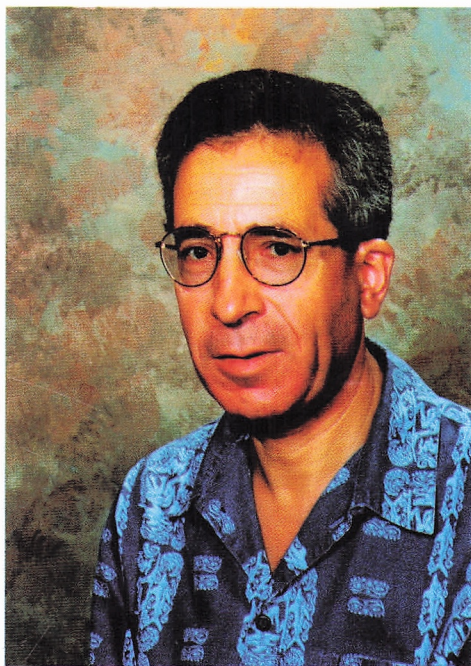


COLEGIO SALESIANO  
**SAN JUAN BOSCO**

Pl. María Auxiliadora, 7 • 15003 A CORUÑA



**D. BAUDILIO VILLEGAS Díez**

SALESIANO-SACERDOTE

1937 - 2006





*"La esperanza de entrar en el gozo de su Señor ilumina la muerte del salesiano"* (c. 54). En la luz de tal esperanza, que tiene sus raíces en la Pascua de Cristo, recordamos con afecto fraterno a

## **Don Baudilio Villegas Díez**

### **Salesiano sacerdote**

a quien *"Dios le sometió a la prueba y le halló digno de sí; lo probó como el oro en el crisol y como holocausto lo aceptó"* (Sáb. 3, 5-6). Preparando su final en esta tierra repetía: *"Estamos en las manos de Dios"*. Éste le llevó consigo el 10 de agosto de 2006, fiesta de San Lorenzo, a los 69 años de edad, 51 de profesión religiosa y 41 de sacerdocio.

## **SU VIDA.**

### **Su familia y su infancia.**

Baudilio nació en 20 de mayo de 1937; fue bautizado el 30 de mayo de ese año y confirmado el 10 de julio de 1944. Su hermano Porfirio, salesiano sacerdote, escribe lo siguiente: "Baudilio, fue el séptimo hijo de los nueve que tuvieron los padres Adolfo y Paula, que vivían en un pequeño pueblo del norte montañoso de Palencia, llamado Vallespino de Cervera. Una familia tan numerosa vivía del campo, del ganado y del pequeño salario del padre que trabajaba, como minero, en las minas de carbón que había en el cercano pueblo de San Cebrián de Mudá.

Baudilio pudo experimentar, desde pequeño, el gran espíritu de fe y profundo sentido cristiano de la vida que se respiraba en el hogar. El rezo del santo rosario, que el propio padre, quitada su boina, dirigía todas las noches en familia, antes de cenar, era de obligado cumplimiento. La asistencia y participación activa en la Misa, en la que todo el pueblo cantaba, los domingos y días festivos, así como el rezo y el canto de las Vísperas en las solemnidades, constituían grandes acontecimientos que llenaban esos días.

Esas manifestaciones religiosas eran expresión sencilla pero, al mismo tiempo, profunda, de una auténtica vida de fe; una fe que les fortalecía para vivir con optimismo y con esperanza cristiana, siempre confiada en la presencia amorosa de Dios, los avatares propios de la vida.

Baudilio, de niño, era más bien reservado y algo tímido, pero siempre alegre, educado y bondadoso; muy limpio, tanto que, para no manchar su pantaloncito corto o quitar su rayita, evitaba sentarse en ciertos lugares. Ya entonces tenía sus típicas y atinadas salidas y esos ingeniosos golpes tan graciosos, que siempre le caracterizaron y que hacían tan agradable su trato y conversación; como aquella que dio a uno que le preguntaba qué estaba haciendo; "¿No lo ve?", le contestó.

Era muy querido por sus profesores por su exquisito comportamiento, por su porte educado y por su gran aprovechamiento en los estudios"

En estos trazos, con que su hermano describe a Baudilio, asoman las raíces de lo que será su personalidad, que irá forjándose y definiendo con el paso de los años.

## **Sus años de formación.**

Sin duda alguna su vocación surgió en el seno de su ejemplar familia pero, sobre todo, por el modelo que para él fue su hermano Porfirio cuando éste encaminó sus pasos a la vida salesiana.

Inicia su Aspirantado en **Astudillo** (Palencia) entre los años 1950 y 1952. Continúa los dos años siguientes, de 1952 a 1954, en **Arévalo** (Ávila). Hace el Noviciado en **Moher-nando** (Guadalajara), en el curso 1954-1955. Al finalizarlo hace su primera profesión temporal el 16 de agosto de 1955, por tres años. En **Guadalajara** cursa los estudios de Posnoviciado entre 1955 y 1958, en cuyo año, el día 16 de agosto, hace su segunda profesión temporal, también por tres años.

Es destinado a la Universidad Laboral de **Zamora** en donde, desde 1958 a 1961, comienza a ejercitarse como profesor y educador. El encuentro con la realidad juvenil será para él un reto que marcará profundamente su vocación de educador.



En septiembre de 1961 inicia en **Salamanca** sus estudios de teología para prepararse al sacerdocio. En este tiempo, el 7 de agosto de 1961, hace su profesión perpetua, en Vigo. Recibe regularmente las Órdenes Menores y las Mayores de manos de Mons. Arbeláez, Obispo de Oxyrinco, quien le ordena de sacerdote el 28 de febrero de 1965, fecha ésta que, año tras año, la recordará, como consta en su Diario

En estos quince años de formación se van perfilando y acentuando algunas características de su personalidad. Así lo atestiguan sus compañeros, algunos de los cuales estuvieron con él sólo en esos años.

De Baudilio destacan su carácter abierto, alegre, su buen humor que hacía alegre la vida a los que le rodeaban, en el juego, paseos, meriendas y deportes; de estos le gustaba especialmente el juego del frontón, inventando palabras que luego formaban parte del habla de sus compañeros durante años. Con sus chistes hacía reír 'en abundancia' pero sabía mantener la calma y buena disposición en los momentos más comprometidos y difíciles. Este sentido de la alegría lo mantuvo durante su vida. Un día, ante una enfermera que no entendía lo de las diversas Congregaciones Religiosas, le dijo que cada una tenía su característica y que "lo que distingue a un salesiano es estar alegre". Sobrevolaba sobre minucias que a veces nos entristecen la vida.

Compartía con gusto y generosidad lo que tenía y no era de extrañar que ello se tradujese en ser un gran colaborador en lo que se le pedía. Los encargados de preparar veladas y obras de teatro podían contar con él para todo. Durante muchos años su grupo era el que realizaba el número fuerte de las sobremesas, sacando a relucir temas y acontecimientos de la vida normal de la comunidad, ya fueran sobre compañeros o superiores. Era, en suma, un buen compañero, cuyo trato fue siempre cordial, positivo, que invitaba a la amistad.

Destacaba también por su responsabilidad, por lo que los superiores le confiaban cargos de confianza, como luego se demostró en sus años de madurez.

En cuanto a su vida religiosa los compañeros ponen de relieve su piedad sencilla y, al mismo tiempo, sentida; como salesiano manifestaba en todo momento su amor a Don Bosco y a la Congregación, siempre preocupado de la vida salesiana y de todo lo relacionado con ella. Era cumplidor en todo y, como precisa alguno, nunca dijo una palabra de crítica o desgana en lo referente a la vida religiosa y salesiana. El ambiente que creaba entre los compañeros y el tono respetuoso con los superiores, hacía que estos, cuando paseaban o salían de paseo de un día entero, se acercasen a su grupo para estar el día con ellos.

Cuando sus compañeros, estando ya él enfermo, celebraron sus 50 años de profesión religiosa, hicieron una gira por diversas comunidades, pudieron comprobar, según nos manifestaban, el aprecio y el buen recuerdo que todos tenían de Baudilio, a quien deseaban volver a tenerlo consigo en su comunidad.

### **Los años de la madurez.**

Así habría que llamar a los años que discurren entre su ordenación sacerdotal, el 28 de febrero de 1965 y el día que entrega su alma al Señor, el 10 de agosto de 2006. En ese tiempo su formación, la siembra que había hecho, va dando sus frutos allí donde la obediencia le destina.

La casa de **Orense** le acoge en el curso 1965-66. Su misión es ser profesor y educador de jóvenes, tarea ésta que conoció, por primera vez, en sus tres años de clérigo en Zamora y que desempeñará hasta el fin de sus días con auténtica profesionalidad. Sin dejar Galicia es destinado a **La Coruña**, al internado del Colegio 'Calvo Sotelo', de la Excm. Diputación Provincial, en donde, durante el curso 1966-67, continuará con su labor docente y, al mismo tiempo, será el coordinador de la pastoral. Sigue en **La Coruña**, pero en el colegio 'San Juan Bosco', separado del anterior por la enseñanza del Orzán. Durante dos cursos, 1967-69, continuará su tarea docente con los alumnos de bachillerato, al tiempo que prestó su servicio como administrador.



Su capacidad intelectual no pasó desapercibida a los superiores que los destinan a Oviedo-Naranco, también de la Diputación Provincial, en donde residirá entre 1969 y 1974 frecuentando la Universidad en donde se licencia en Filología Hispánica, al tiempo que presta su colaboración en la tarea educativa de los niños allí acogidos.

Después de estos primeros nueve años de sacerdocio en los que se abrió cada vez más a la misión salesiana y se preparó para desempeñar mejor su tarea docente y educativa, es destinado al colegio de **Orense** en donde había iniciado su vida sacerdotal. En la ciudad de las Burgas estará desde 1974 a 1989. Pertenece al Consejo de la Casa en el curso 1974-75 y en él continúa, ya como Jefe de Estudios, hasta 1989; fueron quince años en que dio lo mejor de sí, tanto como profesor y exquisito educador, como así lo recordarían más tarde los que habían sido sus alumnos. Durante su estancia en Orense, el 8 de mayo de 1982 fallece su padre. El cariño hacia sus padres se refleja en la costumbre que tiene en recordar cada año, en su Diario, los aniversarios de sus fallecimientos y celebrar, como así lo anota, frecuentes eucaristías por ellos.

Esta estancia fue interrumpida para hacer un curso sobre "Aggiornamento per operatori della Scuola" en **Roma**, a donde llega el 10 de octubre de 1987 y de donde retorna, "con pena y con tristeza", el 6 de febrero de 1988. Su estancia en la Universidad Pontificia Salesiana, fue para él un buen complemento en su formación cultural, salesiana y sacerdotal. Allí convive con su paisano Antonio Arto y otros españoles, siendo Rector D. Antonio María Javierre, más tarde Cardenal, y Director de su Comunidad D. Ludwig Schwarz, hoy obispo de Linz (Austria).

Baudilio debió percibir esta oportunidad como algo muy importante en su vida, porque, con este motivo, inicia un Diario de actividades e incidencias a partir de este momento. En su concisión no sobra ni falta nada; era su estilo. Esto lo hace día a día, sin faltar uno, desde 10 de octubre de 1987 hasta el 28 de junio de 2006, cuando ya la enfermedad le impide continuar; el 10 de agosto moriría. Metódicamente

indica la casa en donde escribe, el día, el mes, el día de la semana y la hora en que acontece lo que narra. Toda esta información abarca ocho blocks, con hojas escritas por ambas partes y que son una fuente de información privilegiada que nosotros hemos aprovechado, sobre todo, desde finales de 2004 hasta que deja de escribir, con el fin de seguir el proceso de su dolorosa enfermedad que le llevaría a la tumba.

El día 15 de febrero se reincorpora a su comunidad de Orense y reanuda sus actividades como si no hubiera pasado nada en esos cinco meses de ausencia. Al final del curso, el 30 de junio de 1988 muere su madre. Él estaba en Burgos para acompañarla. En su Diario deja escrito, entre otros sentimientos, éste: "Mi madre acaba de morir. Descanse en paz. Una gran tristeza se apodera de mí".

Inicia su último curso en Orense, 1988-89. Tanto tiempo como Jefe de Estudios hacen mella en su salud; duerme mal muchas noches y apenas descansa. Por otra parte, en agosto y septiembre de 1989, su hermano Porfirio contrae una grave enfermedad y los médicos no ocultan su preocupación por su vida; su hermana Mari Cruz lo acompaña y también lo hace Baudilio que vive muy afectado por la situación de su hermano que, poco a poco, inicia su recuperación. Baudilio había pedido ser exonerado del cargo para el curso siguiente y su petición es atendida.

Después de conversaciones con el Inspector de Córdoba, es destinado al colegio de **Las Palmas de Gran Canaria** a donde llega el 27 de septiembre de 1989. Aquel clima le va recuperando y se va entonando, para poder continuar con su tarea docente y educativa. No obstante tiene que afrontar un cambio sensible: nuevo ambiente, nuevas personas: compañeros, profesores, alumnos, nuevo clima y horario, nuevas costumbres y estilo de vivir. En los cuatro primeros meses se va acomodando no sin dificultades, dudas y esfuerzos personales. En enero de 1990 llega a Las Palmas su hermano Porfirio para descansar y recuperarse; durante tres meses, su compañía le sirve de ayuda a Baudilio. Si bien la docencia es su ocupación principal, durante tres cursos asume el cargo de Jefe de Estudios de BUP, que deja al acabar el tercer curso escolar para hacerse cargo de la Secretaría el último año de



su estancia en Las Palmas. Sus actividades pastorales se desarrollan colaborando en la parroquia de Juan XXIII y alguna más; atiende a los Hogares Don Bosco y al Movimiento Vida. En estos cuatro años deja su personal impronta y un buen recuerdo entre sus alumnos, como en su momento se dirá. En mayo de 1992, conocidas sus capacidades, se le había ofrecido poder escoger la dirección entre tres casas de su Inspección, pero no creyó oportuno aceptar ese ofrecimiento. El 10 de septiembre de 1993 deja Las Palmas y retorna a su Inspección.

Su nuevo destino es **Avilés** (Asturias) a donde llega el 13 de septiembre de 1993. El paso por esta casa es breve: el curso 1993-1994, finalizando el 27 de julio de 1994. Durante este tiempo su tarea principal es la docencia. Venía de las Islas Afortunadas en donde la noticia climática era la aparición de algunas lluvias y nubes, en contraste con una temperatura y un sol constante. No es de extrañar que Asturias le sorprendiera con sus lluvias, nieblas y días oscuros y esto afectara a su ánimo los primeros meses y, con cierta intensidad, en algunas circunstancias. No obstante le oímos bastantes veces comentar favorablemente su estancia en aquellas tierras y su buena relación con los alumnos, no faltando, como es normal, pequeñas incidencias propias de la vida en común.

El 18 de agosto de 1994 retorna a **Las Palmas** a donde había sido destinado de nuevo, después del curso puente pasado en Avilés. Volvía a un colegio donde le había cogido el "aire" y donde había encajado. Por eso llama la atención que, a los pocos días, su estado emocional se altera. Como esto en él no era nuevo, reflexiona y concluye expresando su estado de ánimo con una frase que nos da la clave de una situación que se repite y que, si bien no la habremos dicho nunca nosotros, sí que la hemos padecido en nuestra vida. Escribe: "Tengo el 'síndrome del cambio'; me acuerdo de Avilés: sus prados, su tranquilidad". Esta situación dura escasamente dos meses hasta que, de un modo como corresponde a la naturaleza, se acomoda y discurre con la mayor naturalidad, como había ocurrido en su primera estancia en Las Palmas.

Su trabajo es continuación del que había desempeñado en los cuatro años anteriores: la docencia, la colaboración pastoral, el trabajo educativo entre los alumnos entre el que



se incluye la promoción del teatro, la colaboración en las excursiones de final del último curso y una serie de actividades que desarrolla con soltura, una vez conocido el elemento humano con que tiene que trabajar, tanto con profesores como con alumnos. Fueron, junto con los años de su primera etapa, siete cursos en los que los alumnos supieron apreciar, a juzgar por la numerosas cartas que le enviaban, siempre elogiosas y con un recuerdo tan grato que siempre le pedían que volviera, como profesor y como persona cercana a todos. Prueba de ello fue el sentimiento generalizado de dolor cuando llegaron a conocer su muerte. Las Palmas había calado profundamente en su corazón; no es de extrañar que en los dos últimos meses de su estancia allí se conmuevan profundamente sus sentimientos.

En septiembre de 1989 había dejado Orense para incorporarse a Las Palmas; el 11 de septiembre de 1997 deja Las Palmas para de nuevo incorporarse a **Orense** en donde ya había trabajado quince años; llega a Santiago de Compostela por la tarde y esa misma noche se incorpora a la ciudad de las Burgas, situada en la depresión del Miño y en donde las temperaturas en invierno y verano suelen ser extremas. Traía pegado a su piel el clima y sol canario y, a pesar de conocer bien el terreno, el 'síndrome del cambio' se le arrima enseguida durante los dos primeros meses; poco a poco, como ya le había pasado otras veces, se va acomodando a las circunstancias humanas y ambientales que no le eran desconocidas. El 27 de noviembre, su hermana María Cruz queda viuda. Baudilio, entre cuyas cualidades se puede destacar el acendrado amor a todos sus hermanos y familiares, queda muy afectado. Ella quedaba sola. Con este motivo suele acercarse a Betanzos (La Coruña), donde vivía, para acompañarla y hacerle más llevadera su situación personal; aprovecha algunos fines de semana o puentes y los días finales del año y comienzo del nuevo para pasar con ella esos días. A veces también venía su hermano Porfirio. También para Baudilio esta cercanía familiar era para él motivo de satisfacción personal. Cuando más tarde sea destinado a La Coruña mantendrá esta costumbre; su hermana siempre considerará impagable esta compañía fraternal. La muerte de Baudilio

significará para ella la pérdida de quien era como un hijo que la comprendía y ayudaba.

La estancia en Orense coincidirá con la penúltima etapa de su vida. Sus ocupaciones docentes, educativas y pastorales, se desarrollaron como siempre lo había hecho, con dedicación y profesionalidad, manteniendo una tónica de constancia y equilibrio que él procuraba conservar y que, a la vez, iba creando un tono de serenidad y elevación humana del ambiente.

El 9 de septiembre del 2001 deja Orense. Como venía haciendo regularmente durante los veranos en Las Palmas, Orense y hará en La Coruña, acompaña a los alumnos del último curso de Las Palmas en el viaje de fin de estudios, al norte de España y sur de Francia, colabora en la pastoral parroquial de Las Palmas y se reúne con sus hermanos para pasar juntos unos días familiares en su pueblo de Vallespinoso. El mismo 9 de septiembre llega a **La Coruña** - 'San Juan Bosco', destino que ya conocía desde mayo; sería su último destino, allí en el 'finisterrae'.

De nuevo, a los pocos días, asoma el "síndrome del cambio". Parece que oía aquella voz que había escuchado Abraham: "Vete de tu tierra, a la tierra que yo te mostraré" y preguntaría, como el pueblo escogido lo hacía con Moisés, hasta cuándo tenía que seguir así en este largo éxodo, sin una tierra definitiva. Mal sabía Baudilio que el Señor, en esta ocasión, le invitaba a salir de esta tierra para habitar la patria definitiva, que en algún momento, entre lágrimas y dolores, él se la pidió, y descansar en ella, cinco años más tarde, cuando el Señor le llamó junto a Él. El trabajo de cada día y las circunstancias ambientales y profesionales, hacen que encuentre su sitio y viva satisfecho en su trabajo y ocupaciones.

Su estancia en La Coruña la vimos como una recopilación de toda una vida. Su trabajo será ser docente en Bachillerato, Secretario y Director Pedagógico de la ESO y Bachillerato. En esto último, él pondrá todo su empeño y saber profesional acumulado, ajustando todos los procedimientos administrativos y pedagógicos, ordenando archivos, documentos y la legislación correspondiente a su tarea,



confeccionando a la perfección las orlas de todos los cursos, elaborando las Memorias del curso escolar y los cuadros de clases de los profesores; su registro personal, perfecto en presentación y contenidos, era modelo para los demás profesores. Todo lo que afectaba a su cometido estaba preparado con antelación y salía puntual; él mismo mostraba un sano orgullo presentando sus trabajos, con el deseo que fuese imitado por el bien y prestigio del Colegio. Esta tarea le supuso un gran esfuerzo, lo que hizo que su primer año en La Coruña fuese juzgado por él como difícil. Sus clases, siempre bien preparadas, así como los exámenes, eran parte que juzgaba necesaria para sentirse a gusto con su trabajo como profesor y educador, aspecto éste que los alumnos siempre apreciaron positivamente, sobre todo por su moderación, tranquilidad y el acierto en valorar lo que era esencial, sobrevolando sobre lo accidental y anecdótico.

Durante el año 2005 le acompañará su enfermedad, que comienza a finales del 2004. Sin embargo, él continúa con su trabajo docente y directivo, no sin grandes sacrificios por su parte. El 27 de junio, con motivo del claustro de final de curso, se despide de los profesores como Director Pedagógico. El 30 de septiembre de ese año, al iniciarse oficialmente el curso escolar, cesa en todas sus funciones; aún así, mientras pudo, durante los tres últimos meses del año, asesoró a la Secretaria y al nuevo Director Pedagógico, un profesor antiguo alumno del Colegio, que reconoce la gran ayuda que supuso para él la guía y asesoramiento de Baudilio. No tuvo inconveniente en prestar su colaboración en la Portería.

## **SU ENFERMEDAD Y SU MUERTE.**

*"Me alegro de sufrir por vosotros: así completo en mi carne los dolores de Cristo, sufriendo por su cuerpo que es la Iglesia"* (Col. 1,24) Esta frase de San Pablo refleja adecuadamente la actitud que tuvo Baudilio durante los casi dos años de su enfermedad. Durante ese tiempo lo que sobresale es una palabra que repite constantemente en su Diario: "dolor". El cáncer de huesos invadió muchas partes de su cuerpo; de ahí provino su muerte, pero leyendo lo que escribe, uno concluye que murió de dolor, un dolor que le crucificó y que ningún medicamento pudo vencerlo o aminorarlo.

Mal pudo saber Baudilio que, cuando escribió su Diario, señaló con precisión la fecha del comienzo de su enfermedad. Pasando por alto alguna indicación sobre determinadas molestias padecidas en agosto, octubre y noviembre de 2004 y que podrían ser indicativas de su mal, es el 4 de enero de 2005 cuando escribe en Betanzos, donde pasaba unos días con su hermana: "He dormido mal; un dolor en el costado izquierdo me dio la tabarra, lo mismo que en días anteriores". Y el día 9, ya en La Coruña, escribe: "He dormido muy mal; dolor de costado izquierdo, como es normal desde hace unos veinte días". Con estos datos se puede precisar que los primeros dolores referentes a su enfermedad, empezaron en torno al 20 de diciembre de 2004, es decir, más o menos, en la penúltima semana de 2004. A partir de finales de ese año, Baudilio inicia su camino del Calvario, su Vía Crucis, casi sin paradas, con algunos días de excepción. Todo el año 2005 y hasta el 10 de agosto del 2006, día de su muerte, convive con el dolor que le causará su enfermedad, un tumor de pulmón con metástasis a los huesos. Como el dolor ya era continuo, tiene un primer encuentro con el médico el día 17 de enero. De ahí en adelante su enfermedad irá avanzando con días en los que el dolor le da un respiro y que, a su modo, calman su ánimo. Médicos de diversas especialidades, medicinas, consultas, análisis, sesiones de radiología, gammagrafías, ecografías, resonancias magnéticas nucleares, tomografías axiales computerizadas, biopsias, quimioterapia y radioterapia, forman parte de su nueva vida como enfermo durante todo el año 2005 y el 2006.

Baudilio había comenzado con normalidad el curso 2004-2005 hasta que se detecta el mal a primeros de enero de este año, como queda dicho. A pesar de esta circunstancia sigue al frente de la Dirección Pedagógica de la ESO y Bachillerato, dando las clases con regularidad pero con un enorme sacrificio pues sus dolores, pruebas, visitas a los médicos eran frecuentes; le podía el sentido de la responsabilidad. En febrero le hacen la primera ecografía en la zona del hombro derecho donde comenzaba a asentarse el dolor. A mitad de marzo una biopsia da negativo, lo que le hace exclamar en su Diario: "Laus Deo". Los médicos no ven clara la situación, le someten a más pruebas, entre ellas a una resonancia magnética, el día 8 de junio; escribe: "El diagnóstico no es favora-



ble”, y se lo comunica a su Director. Más pruebas van confirmando el diagnóstico y él se siente obligado a comunicárselo a su hermana M<sup>a</sup> Cruz que ya llevaba algún tiempo atendiéndolo y viviendo con nosotros; así lo registra él: “Le digo a Cruz la verdad de mi enfermedad”, metástasis del tumor pulmonar al hombro derecho, con la casi segura previsión de que se irá extendiendo a los huesos. Aún así va recibiendo sesiones de quimio y radioterapia, se le hacen biopsias para controlar el proceso. Los tratamientos van haciendo su efecto y, a pesar de que a finales de julio padece una neumonía, son bastantes los días de agosto, septiembre y octubre, un total de 53 días, en que sobrelleva bien la situación y se genera un cierto optimismo. De hecho, una tomografía axial del 10 de octubre confirma que “el tumor del tórax ya ha sido eliminado” y lo comunica gozosamente a su familia. Era verdad, pero lo que continuaba mal y seguía extendiéndose era el tumor óseo.

Al iniciarse el curso 2005-2006 en septiembre, Baudilio reconoce que ya no le es posible hacerse cargo de sus responsabilidades académicas y administrativas; eran muchos los días en que, o por dolores o por controles médicos, no podía atenderlos. En las clases le sustituye una profesora y en la Dirección Pedagógica, el profesor arriba citado. Ambos se benefician de las orientaciones y consejos que Baudilio les da y que siguen recordando con mucho agradecimiento. Aún así, suple en algunos momentos a algún profesor y echa una mano en la portería. No sabemos de dónde sacaba tanta voluntad y energía. Los dolores se van extendiendo por diversas partes del cuerpo y finaliza el año 2005, escribiendo el día 24 de diciembre: “Navidad del dolor. Nochebuena del dolor” El dolor es lo que enlazará el año 2005 con el 2006, el último de su vida. Sería prolijo reseñar las zonas de su cuerpo que acogen su dolor y que él va citando; cualquiera que uno pueda imaginarse fue objeto del tumor que seguía avanzando; se iba convirtiendo en el bíblico “ivarón de dolores!”

En el año 2006 la enfermedad se va extendiendo y va afectando a casi todo el cuerpo, a la vez que los dolores son cada vez más intensos y los califica con términos estremecedores. Casi ni un día sin dolor, “con dolores por doquier”, escribe, y que no le abandonan en todo el día.

El 20 de enero el médico le manifiesta que las noticias no son buenas; la metástasis se extiende del hombro derecho a la pierna derecha y así se lo comunica a su hermano Porfirio. Escribe: "Estoy abatido pero confío en nuestra Madre Auxiliadora y del Valle" (patrona de su pueblo). Es natural que esta noticia le afecte y le haga pasar por malos momentos: "Tristis est ánima mea". Ni la Fiesta de Don Bosco la pasa tranquilo.

En febrero los dolores por todo el cuerpo van a más, día y noche; aún así encuentra tiempo para ayudar en la Secretaría y cumplir, hasta donde puede, con sus prácticas religiosas. Son casi diarios los calificativos que aplica a sus dolores: "horrorosos, terribles, terroríficos", lo que hace que no pueda disfrutar del descanso ni de la comida.

Es en un 24 de marzo, como se dirá más adelante, cuando, en medio de un intenso dolor es llevado al oncológico, llora y pide a Dios que le lleve ya de este mundo, pues en él ya no hace nada y ya ha pagado lo malo que haya hecho en su vida.

La Semana Santa de abril fue para él el medio que el Señor le pedía para acompañarle en sus dolores. Escribía el día 24: "Las lágrimas son mi pan noche y día" (Ps. 41.4) y los dolores mis fieles compañeros". Al día siguiente, tiene tiempo y humor para ayudar al Director Técnico en la preparación de los horarios del mes de junio; acompaña a los hermanos en la oración comunitaria y escucha en unas Buenas Noches al Director que le felicita al poder estar con todos en la capilla. Al día siguiente se reanudan fuertes dolores y le provocan, como escribe, "lágrimas por doquier".

El primer día del mes de mayo, que él señala como "mes de María", pasa la noche sin dolor. "Laus Deo", escribe; pero es una excepción. El dolor vuelve a su cita horaria. Es el mes en que más literatura espiritual lee: "Lira mística" con las poesías completas de santa Teresa y san Juan de la Cruz. También a Juan Ramón Jiménez, Jaime Siles, Blas de Otero y otros, y hace suyos los pensamientos y citas de la Sagrada Escritura que sintonizan con su estado de ánimo.

El 9 de ese mes, como una excepción, escribe: "Hace tiempo que no tenía una noche tan tranquila. Sólo tomé dos



Nolotil. Por lo menos, normalidad. ¡Laus Deo!. Rezo tres rosarios. He tenido un día globalmente regular, pero no me quejo". El 19 tiene lugar la despedida de los de 2º de bachillerato y tiene la suerte de encontrarse más aliviado y de parte con ellos, los alumnos del año anterior y con los profesores. Pero en el día grande de la fiesta de María Auxiliadora, ella le regala los misterios dolorosos; su breve crónica termina así: "Día globalmente desastroso por el dolor"; le anuncian que el día 29 será internado, durante tres días, para hacer un seguimiento minucioso de sus dolores y el sistema más adecuado para hacerles frente.

En efecto, es internado y, aunque los dolores no desaparecen, se consigue que, gracias al cuidado continuo del personal sanitario y al suministro de opiáceos dosificados, la situación se alivie. Son días en que el capellán también le atiende y le acompaña, haciendo que espiritualmente se sienta más tranquilo. Había ido para tres días, hasta el 31 de mayo, pero estuvo diecisiete, hasta el 14 de junio. Casi siente la partida pues, sin duda, el tratamiento inmediato ante el dolor, había hecho que su situación fuera menos dolorosa.

El 28 de junio, debilitado y tal vez ya sin humor, deja de escribir en su Diario. Sus últimas letras son éstas: "10,50: oración personal. Me ataca el sueño" Hasta aquí nos han guiado las notas que íbamos tomando y lo que él nos dejó escrito. En julio y agosto tratamos de anotar todo lo que acontecía.

El 2 de julio lo internan por segunda vez. Se sentía mal, respiraba con dificultad. Le hacen dos transfusiones de sangre pues se le había detectado anemia; le aplicaron oxígeno con una mascarilla que mantuvo todo el día. Ambos remedios le aliviaron y pudo volver a casa al día siguiente, no sin antes escuchar a su médico, el Dr. Afonso, que el panorama había variado negativamente. Nos disponíamos a asistir a los últimos días de nuestro querido hermano.

Comienzan a ser más frecuentes las visitas de sus hermanos y familiares, entre ellos su hermano Porfirio que está con él del 17 al 28 y que son testigos de su situación. Tose mucho y no expectora; cada golpe de tos, nos dice, es como un latigazo en las partes más sensibles en donde el

cáncer se asienta. Sufre y gime, y con él, nosotros. Su hermana no se separa de él y sólo puede descansar cuando nos hacemos presentes, cosa que hacemos turnándonos y, en especial, al anochecer.

El día 19, como sufre diversos trastornos respiratorios, vómitos y dolores, es internado por tercera vez, que será ya la definitiva; recibe respiración asistida y otros tratamientos que le alivian. De nuevo le hacen una gammagrafía el día 20. El día 26, desde la 3 de la mañana, pasa un día difícil con muchos dolores; los movimientos le afectaban mucho a zonas sensibles; tanto era así que no podía por menos de llorar. Una visita de sus familiares del País Vasco, son para él motivo de tranquilidad.

El día 27 pasa el día muy mal; de hecho, el Dr. Afonso nos informa que la gammagrafía del día 20 muestra que el mal avanza y se detecta un deterioro óseo en diversas partes del cuerpo; ordenará un análisis radiológico para disponer de un diagnóstico más aproximado de la realidad.

A partir de este día 27 aflora ese fenómeno que muchos han dado en llamar "el síndrome de la mejoría de la muerte", momentos en los que, los que le observábamos, creíamos que se iba a producir una mejoría creciente. Al final del día, sobre todo cuando íbamos a estar con él, se animaba y hablaba con gran fluidez y vivacidad; aparecía el Baudilio que conocíamos y marcaba el ritmo de la conversación, charlando ininterrumpidamente, tanto que teníamos que decirle que cerraban el Clínico y había que marchar, a lo que él mismo nos animaba y, alguna vez, se anticipaba a decírnoslo; partíamos muy animados.

El mes de agosto será el último de su vida. El día 4 ofrece sus dolores por la Iglesia y por Cristo y es, como se dirá, cuando manifiesta que desea estar siempre con la Iglesia aunque parezca que yerra, antes que fuera de ella con los que se creen en la verdad. Y es también cuando entiende que Dios le quiere mucho a juzgar por lo intensamente que le prueba. Es como el resumen final de una vida.

Será el día 5, a cinco días de su muerte, cuando lo del "síndrome de la mejoría de la muerte" se hace más patente.



Ese día había tenido lugar la toma de posesión del nuevo Director, D. Joaquín Nieto. Con ese motivo habían venido muchos salesianos, entre ellos D. Filiberto Rodríguez, Consejero Regional para Europa Oeste y el Inspector, D. José Rodríguez Pacheco. Todos fueron a visitarle. Esto le satisfizo mucho: parecía que resucitaba. Al llegar la noche fuimos a visitarle y pidió, con una viveza y alegría inusual, que le informáramos detalladamente de los actos de la toma de posesión, en especial el de la comida, terminando él siempre con un "muy bien", en cada uno de ellos. Así estuvo dicharachero durante dos horas. Nos alegramos mucho. Con todo, alguno comentó si lo que habíamos vivido no sería el paréntesis de la paz que la muerte otorga a los que van dar el salto a la otra vida.

Son malos los días 6, 7 y 8: aparece muy agotado y deprimido. Su hermana apenas duerme. El Dr. Afonso dice que se podría hacer una gestión para obtener una asistencia extra-hospitalaria a fin de ser atendido en nuestra Comunidad, con atención continuada. El 9 sigue sufriendo mucho y las dosis de calmantes son cada vez más fuertes. Pasa el día sin quejas, más tranquilo; lo atribuimos al paréntesis de paz que la muerte otorga. Se le visita después de la cena; él permanece casi dormido; hablábamos bajo para que descansara y durmiera. Partimos sin abandonar la esperanza.

El día 10, jueves, fiesta de San Lorenzo, cuyo martirio nos recuerda el sufrimiento de Baudilio, fallece. Eran las 4,45 de la madrugada. Así nos lo comunicaba su hermana, María Cruz, que recogió su último suspiro. Por fin, nuestro hermano Baudilio volvía a las manos del Padre y descansaba en paz, en el lugar donde el dolor ya no tenía cabida.

## **PERFILES DE SU PERSONALIDAD.**

No resulta difícil presentar un perfil de la personalidad de nuestro hermano, ese conjunto de rasgos peculiares que caracterizan a una persona. Convivió con nosotros los cinco últimos años de su vida y, por otra parte, han sido suficientemente elocuentes las informaciones y juicios que, sobre él, nos han ofrecido sus compañeros de la Inspección y de Las Palmas, así como sus alumnos, casi todos coincidentes en

aspectos muy concretos y destacables de su personalidad, y no menor ha sido la información que su Diario nos ha proporcionado.

### **El hombre.**

Alguien escribió sobre él: "Era un hombre con mayúsculas" y por eso, como decía su hermana Mari Cruz, "era muy querido porque, como persona, era muy humano". Aún sin ánimo de agotar los variados aspectos que le distinguían en su aspecto humano, podríamos apuntar estos.

\* En Baudilio destaca el hábito de simplificar y reducir a lo esencial las palabras, descripciones, sentimientos, juicios, situaciones, como eje transversal de su personalidad. Un ejemplo de esta característica fue su Diario. De este modo era fácil conocer su pensamiento y modo de ser, pues facilitaba la manera de relacionarse con él. Compañeros, profesores, alumnos, padres y amigos lo agradecían y aprendían a valorar en la vida lo que realmente era importante, lo esencial. Cuántas veces se le oía decir: "No le des importancia a eso; eso pasa; es normal..."; con lo cual todos aprendían a fijarse en lo esencial e imprescindible y a actuar en consecuencia. De este modo él expresaba y daba a conocer claramente lo que pensaba y era importante; era directo y conciso en este sentido y siempre estaba dispuesto a decir brevemente lo que creía oportuno, sin largos circunloquios.

\* Sabíamos que sus relaciones familiares eran buenas, pero, gracias a sus hermanos, llegamos a saber que eran intensas, significativas y frecuentes. El cariño hacia sus padres lo manifestaba con la sobriedad del hombre castellano; con mucha frecuencia, según se lee en su Diario, aplica misas por ellos. Alguna vez anotó alguna frase que desvelaba su amor por ellos. Cuando llega de Roma, después de hacer el curso antes citado, y llega a Vallespinoso, escribe y descubre su sentimiento al encontrarse con su madre: "Mi madre me abraza intensamente y me besa maternalmente...". Cuando ella muere, estando él destinado en Orense, escribe: "Mi madre acaba de morir. Descanse en paz. Una gran tristeza se apodera de mí". No pasaba aniversario, onomástico o fechas importantes en la vida de sus hermanos, sobrinos y familia-



res, sin que se pusiera en contacto con ellos y teniendo con ellos algún detalle. Esto le granjeó el cariño de todos, de tal modo que, con motivo de su enfermedad no faltó ni uno que no le visitase, algo que para él era un alivio en sus dolores. Una sobrina, nada más casarse, lo primero que hizo fue ir a visitarle con su marido, y darle ánimos. La fotografía de su féretro en la iglesia, rodeado de sus ocho hermanos, puede considerarse como el mejor icono de este afecto entrañable con que correspondían al que él tanto les profesó.

\* Acorde con lo anterior, Baudilio valoraba mucho la amistad, que cultivaba de variadas formas, manteniéndose en contacto con muchos, sobre todo en los últimos tiempos por medio de los medios técnicos que usaba; fiestas o cumpleaños eran momentos, ocasiones para expresar y mantener los vínculos de la amistad. Amigo de sus amigos, a los que correspondía, fue fiel y coherente hasta el final. Su capacidad de encuentro y amistad era grande. Fue un virtuoso del humor, a veces exhibido con fina ironía, como fórmula de insinuar una realidad y que sabía aplicar con sentido común. Tenía la rara cualidad de conectar con personas de no fácil comunicación y trato, y a las que era capaz de aconsejar y decir lo que otros ni lo intentaban, quedando además amigos; lo hacía con la soltura y gracejo que le eran características. Sin duda esto lo conseguía por su clara y alta calidad humana. De él se ha escrito que todos y cada uno de los que le conocieron, tuvieron la gran suerte de tenerle como amigo. Pero han sido sus alumnos los que más apreciaron este aspecto, viendo en él a un amigo, como luego se dirá. No es extraño que, gracias a ese culto a la amistad, fuese por ellos muy querido y recordado.

\* A este sentido de la amistad, correspondía su actitud espontánea de la gratitud. Era normal en él decir 'gracias', añadiendo el nombre de la persona que tenía con él cualquier detalle. Esta actitud del agradecimiento la percibimos, de un modo especial, durante su enfermedad. Agradecía continuamente el cuidado con que, con tanto cariño, le atendíamos, así como el de su hermana María Cruz que, durante tanto tiempo, le cuidó en nuestra Residencia y luego en el Hospital; el personal sanitario fue siempre correspondido con expre-

siones sinceras de gratitud que a veces se traducían en pequeños detalles y obsequios. Cuántas veces expresó, y así se lo manifestaba a los que le visitaban, lo bien que era atendido y tratado por todos y cada uno de los hermanos de la comunidad a quienes mostraba continuamente su agradecimiento.

Esta actitud la destaca y condensa así su Director, Ildefonso García: "La enfermedad, a medida que progresaba, le iba restando fuerzas. Su hermana Maria Cruz fue, desde el primer momento, su ángel de la guarda. La comunidad sabe con qué ilimitada generosidad estuvo siempre a su lado y cómo se hizo insustituible para Baudilio. No pocas veces, estando ella ausente, hablaba de lo buena que era y con qué cariño y esmero lo trataba. No cesaban aquí sus agradecimientos. Cualquier detalle lo tenía en cuenta. Agradecía sinceramente las visitas de los hermanos y las llamadas del Sr. Inspector, del Vicario y de los restantes miembros del Consejo Inspectorial. En más de una ocasión me emocioné cuando me manifestaba su agradecimiento. En medio de sus dolores, decía, se consideraba afortunado porque estaba rodeado del cariño de todos. Incluso hacia el Dr. Afonso, el médico que le trató hasta el fin, con competencia y una delicadeza que iba más allá de lo puramente profesional, se mostraba agradecido".

\* Era notorio su sentido del trabajo y la responsabilidad, como expresión de su culto a la obra bien hecha, como perfeccionista que era. Esta actitud suya la hizo patente en su trabajo como educador, profesor y jefe de estudios. La preparación de sus clases, de los exámenes y las correcciones, las lecturas frecuentes de libros para estar al día en su especialidad, la confección de los registros escolares, de las orlas de cada curso, la preocupación porque las aulas estuviesen limpias y ordenadas, los horarios lo más racionales posible, la organización de las sustituciones, tantas veces por él asumidas, fueron, entre otros aspectos, como actas notariales de su entrega laboriosa y plena responsabilidad ante la tarea que le habían confiado. Le preocupaba que, tanto su actuación como la imagen de la obra salesiana, correspondiesen y dieran una respuesta a su cometido y misión; quería y sabía



cumplir con la palabra dada en aquello que se le encomendaba. Cuando llegaban las fiestas tradicionales del colegio, echaba siempre una mano en la preparación del escenario y adorno de los espacios, y daba su parecer siempre atinado. Durante su enfermedad, cuando ya no podía dar clase, echaba una mano a la Secretaría y al Director Pedagógico; incluso sustituía en la portería. Era contrario a la jubilación del salesiano. Pocos días antes de morir, hablando de esto, decía: "Hay que ganarse el pan", aunque él comía poco.

\* Tenía un gran sentido de la dignidad que guiaba su estilo de comportarse; Sabía situarse a un nivel digno, correspondiente a lo que trataba de hacer, dando siempre una respuesta a la altura de sus exigencias, de lo acordado, de las circunstancias y necesidades que las situaciones personales y culturales exigían. Incluso su presentación externa respiraba dignidad: siempre limpio, como limpio estaba su despacho y habitación que él mismo cuidaba con regularidad. Su atuendo personal reflejaba su dignidad, sin alardes de vestuario; su cuidada sencillez no estaba reñida con la dignidad de una persona que inspiraba en los demás una correspondencia digna, la misma que él usaba con todos, de un modo especial con sus alumnos. Una persona así no se concibe sin que a la vez fuera una persona educada y ordenada; quien lo ha calificado como "un hombre con mayúscula", añade que "era el orden personificado" en su persona y su trabajo. De todo esto nosotros hemos sido testigos y tuvimos la oportunidad de aprender algo de él.

\* Aparentemente esta descripción podría hacernos creer que era una persona distante e insensible. Sin embargo, en el trato con él, tanto de compañeros, profesores y alumnos, aparecía como un hombre lleno de bondad y generosidad; siempre tenía la frase idónea para quitar las penas y dar optimismo a los que con él se relacionaban. Entre sus muchas virtudes tenía una que no aparecía de cara a la galería: era el amor que respiraba en cada frase y en cada momento, cuando alguien, con alguna necesidad o problema, le necesitaba y acudía a él; pendiente de todo y de todos, no se le escapaba nada, adelantándose a decir una palabra de ánimo.

Serán sus alumnos lo que, con sus expresiones directas, os dirán lo mismo que han dicho de Baudilio sus compañeros, profesores y amigos.

### **El educador.**

Profesores y alumnos destacan en sus manifestaciones el buen hacer de Baudilio como profesor y educador; aquellos, de una manera ponderada, y éstos con un lenguaje espontáneo e incluso apasionado a la hora de juzgarlo.

La plataforma de su personalidad, como educador, fue su tarea docente y el ejercicio de su responsabilidad como Director Pedagógico. De esto fueron testigos sus compañeros en la docencia. Un Director Pedagógico manifiesta que él le enseñó, entre otras virtudes: puntualidad, orden, limpieza, constancia, apertura a los seglares, diálogo con los alumnos y conocimiento de la normativa legal; recomendaba lo que él hacía y le definía como docente y educador. Otro compañero reconocía que Baudilio había despertado entre todos sus chavales un gran amor y admiración hacia él porque su corazón era joven, como el de ellos y vivía sus experiencias, ayudándoles en esos momentos difíciles por los que pasan los jóvenes y que acudían a él para contarle sus cosillas y que él, con su gran entrega, les ayudaba a volver a sonreír y confiar. Otro reconocía que con sus alumnos fue cordial, comunicativo, deferente y amable; sabía ganarse con facilidad a los muchachos a quienes impartía clase; y todo lo hacía con buen humor y con la sencillez del alma castellana, atento siempre a echar una mano donde hiciera falta. Cuando se enteraba que un alumno estaba enfermo enseguida le visitaba. No cabe duda que esa actitud de Baudilio se debía a que, como dice alguno, trabajó con responsabilidad e ilusión en la escuela para la cual tenía grandes dotes y además le gustaba. Un profesor lo describía así: "Fue un gran educador, hombre de escuela, entregado; se preocupaba de los alumnos, se hacía respetar y querer. En Las Palmas, donde trabajó varios años como Jefe de Estudios, dejó profunda huella por su saber estar y hacer. Es recordado por su capacidad de trabajo, organización, entrega y atención a todos". Comprendió que ayudar a los chicos a cumplir sus sueños, aún no bien defini-



dos, resultaba mucho más útil que realizar los propios, que los tuvo y que, con docilidad a los consejos recibidos, supo aparcarse para entregarse de lleno a su vocación salesiana como educador.

Pero han sido sus alumnos los que, con sus palabras y gestos, mejor nos han definido a Baudilio como educador. Han sido sus mejores biógrafos. Conservamos muchos escritos de sus alumnos que confirman los juicios de los profesores. Era "el mejor profesor, amigo, un profesor ejemplar"; "Mi profesor favorito"; le deseaban lo mejor porque se lo merecía; le pedían que no los olvidara; como otro alumno que le escribía: "Aunque me voy para la aldea, sabe muy bien Vd. que me acompañará en el corazón"; o aquel otro que le decía: "Le deseo lo mejor porque se lo ha ganado". Y otros: "Gracias por tener tanta paciencia conmigo, no le olvidaré nunca", "No le olvidamos", "Muchas gracias por su trabajo hacia los demás y por la ayuda que nos ha prestado". Expresiones similares a estas las encontramos en las cartas que le escribieron.

En la revista colegial "Beiramar", de este Colegio, un alumno, a la hora de presentar una redacción en inglés, escogió a Baudilio como argumento, y escribió sobre él: "Era de estatura media". Tenía el pelo blanco. Sus ojos eran castaños y la piel blanca. Tenía sesenta y nueve años. Siempre estaba contento y era amable y divertido. Nunca fue agresivo ni malicioso. Era amable y educado. Era la mejor persona y el mejor profesor de la primera lengua de España. Era único. Era un español ejemplar".

En un encuentro académico de despedida del colegio, un alumno que iba describiendo a sus profesores, antes de pronunciar su nombre, dijo: "Es una gran persona, al que queremos mucho; es muy humano, comprensivo, alegre y, sobre todo, tiene un espíritu joven; está siempre dispuesto a hacer todo lo imposible por nosotros, sus alumnos; ese es D. Baudilio", elogio corroborado por un gran aplauso por todos ellos. En otro encuentro le decían: "Queremos agradecerle su amabilidad y su disposición a ayudarnos y su comprensión, por su labor como educador. ¡Que no cambie nunca porque

así tendrá el cariño y el aprecio de todos aquellos que le conozcan!”.

Pero tal vez la expresión más significativa de sus alumnos hacia el que había sido su profesor y educador, tuvo lugar el 29 de septiembre de 2006, a los dos meses escasos de su reciente muerte, con motivo de la inauguración oficial del curso 2006-2007. Después del acto académico y de la lección magistral, se proyectó la memoria escolar del curso anterior. Fueron pasando las diversas escenas de la vida colegial, apareciendo al final, sin ningún comentario, el rostro de Baudilio.; los alumnos, puestos en pie, aplaudieron calurosamente, y así lo siguieron haciendo mientras en la pantalla se proyectaban escenas suyas, con los alumnos, familiares, en el hospital y en diversos momentos de la vida colegial. Al final volvió a aparecer otra fotografía suya; los aplausos arreciaron; no se oía ni una palabra, salvo la de uno que gritó, como haciéndose eco de los que, con un nudo en la garganta, seguían aplaudiendo: “¡Baudilio, te queremos!”. Fue una escena que nos emocionó a todos y una lección para todos los educadores que, inevitablemente, se interrogaban por qué Baudilio era tan querido.

Para él era un buen criterio, que le dio buenos resultados, educar en la máxima libertad posible y con el mínimo orden necesario, condición ésta última que, cuando era eliminada por algunos, le causaba gran pesar. Quiso, como Don Bosco, que la escuela valiese para encaminar hacia la vida, e hizo suyos los principios del sistema preventivo que se ven reflejados en el modo de estar y educar a los chicos, “dentro de un clima de familia, de confianza y de diálogo” Hizo suyo aquel “Imitando la paciencia de Dios acogemos a los jóvenes tal como se encuentra el desarrollo de su libertad. Les acompañamos, para que adquieran convicciones sólidas y progresivamente se vayan haciendo responsables del delicado proceso de crecimiento de su humanidad en la fe” (C. 38). Dentro de su estilo de simplificar complejos sistemas, de guiarse por lo esencial, su acción educativa reflejaba los consejos de Don Bosco: “Hazte amar” y “No basta solo amar; hace falta que se den cuenta que se les ama” Todo esto lo captaron bien sus alumnos, uno de los cuales se despidió de él



con dos palabras que encierran lo que él se merecía y lo mucho que le querían: "Gracias, amigo". No se puede decir tanto con tan pocas palabras.

### **El salesiano sacerdote.**

No siempre es fácil percibir el interior espiritual de una persona, algo que pertenece al ámbito de la intimidad. Sin embargo, son las palabras, escritos y actitudes las que nos permiten asomarnos a esa intimidad y de eso hemos sido testigos al igual que muchos de los que nos han escrito; gracias a ello podemos apuntar el perfil de la espiritualidad de Baudilio como salesiano y sacerdote.

Como en otros aspectos de su vida, Baudilio iba a lo esencial, y ahí es donde se asentaba y profundizaba, sobrevolando lo accidental o llamativo. Alguien lo ha resumido diciendo que "era un fiel creyente y un seguidor de Don Bosco".

Alguno que le conocía bien, lo situó en el tiempo que le tocó vivir, haciendo observar que fue un salesiano sacerdote del postconcilio. Los cambios acontecidos influyeron en él como en tantos otros que, por su edad, eran sensibles a los nuevos horizontes y más inclinados al análisis de la nueva realidad eclesial. En aquellos momentos se hacían preguntas tratando de encontrar respuestas que afectaban a su identidad vocacional. Ello le llevó a Baudilio a recorrer en profundidad un proceso no exento de dudas e interrogantes, algo propio de quien asume el don de Dios y trata de encontrar y darle sentido a su vocación; no quiso hacer en soledad esa reflexión y, como persona responsable y sensata, se aconsejó y aceptó las indicaciones de fe y vida de su superior, poniendo en sus manos la renovada decisión de seguir el camino que, para él, Dios le había señalado, siendo luego siempre fiel a la palabra dada; siguió trabajando con responsabilidad e ilusión, como buen sacerdote y educador. Nadie se purifica y aquilata sus decisiones si no se somete a las pruebas; él lo hizo.

En Las Palmas ya como personal de aquella casa, ya cuando volvía en las vacaciones, siempre "echaba una mano veraniega", celebrando la Eucaristía en varias parroquias, atendiendo confesiones y grupos de fe, siempre dispuesto a

ejercer su ministerio sacerdotal. Lector impenitente alimentaba no sólo su saber como profesional de la docencia sino también su espiritualidad, como así lo hacía constar en su Diario, citando los libros que leía. No leía sin más todo lo que caía en sus manos, sino seleccionaba críticamente lo que veía sólidamente construido. Recordamos con qué atención y fruición leía o escuchaba los escritos del entonces Card. Ratzinger, y sus intervenciones previas al Cónclave y después de haber sido elegido Papa. Públicamente alababa la calidad y sólida estructura de sus escritos, claros y esenciales, muy acordes con su sensibilidad; eran para él un descubrimiento que seguramente hacían desaparecer los posibles celajes de su horizonte espiritual.

Su director de La Coruña, Ildefonso García Nebreda, dice de él: "Coincidimos en La Coruña en septiembre de 2001. Entonces le pude conocer mejor; llegamos a ser verdaderamente amigos. Pudimos tener, en ocasiones, opiniones diferentes, pero nunca influyeron en nuestra amistad. Pude comprobar entonces que, en efecto, era un hombre inteligente, que el ingenio era parte de su personalidad, ingenio que lo expresaba con su estilo peculiar, no siempre del agrado de todos. También, a medida que el trato iba siendo más cercano y continuo, fui constatando su capacidad de trabajo, su profesionalidad, su sentido de la vida como religioso y salesiano y la sobriedad personal en el comer y en el vestir, detalle éste último que pasaba desapercibido. ... Me consta que nunca dejaba de lado el rezo del breviario y que siempre buscaba un momento preciso para celebrar la Eucaristía cuando ocupaciones colegiales le impedían hacerlo en comunidad".

Hay que destacar, en efecto, su regularidad en las prácticas de piedad comunitarias, incluso en tiempos de enfermedad, como la presencia en la Eucaristía de los 24, con los fieles de la parroquia y el último Jueves Santo. Dudaba del religioso que no era fiel ni constante en el ejercicio de sus deberes religiosos, y en especial de quien prescindía de la celebración eucarística; dudaba incluso de la eficacia laboral y pedagógica de quienes así se comportaban y, por lo mismo, dudaba de su acción evangelizadora.



Es significativo que en su Diario precise los momentos de la meditación, misa y reconciliación, indicando en este caso el nombre de la persona con quien se reconciliaba. En el caso del aniversario de su ordenación sacerdotal, un 28 de febrero, lo hacía notar cada año: "hoy se cumplen...años de mi ordenación", y concluía siempre con una exclamación muy repetida por él con motivo de diversas circunstancias: "Laus Deo".

Un aspecto de su espiritualidad gira en torno a la Iglesia. El 4 de agosto, cercana ya su muerte, una tarde en el hospital, ofrece sus dolores por Cristo y por la Iglesia, algo que venía diciendo en los últimos días; mientras parecía que dormitaba, dijo: "Yo prefiero estar siempre con la Iglesia aunque parezca que se equivoca, a estar con quienes se creen estar en lo cierto, pero distanciados de la Iglesia, pues Jesús dijo: Yo estaré con vosotros hasta el final de los tiempos". Todos sabemos que al final de la vida y en la enfermedad, uno manifiesta, casi sin pudor, lo que uno es y cómo piensa. Es sintomático que, entre otras actitudes religiosas durante su enfermedad, expresase este sentimiento sobre la Iglesia. Esto no había sido obstáculo a que, con libertad, hiciese sus particulares observaciones sobre hechos y situaciones puntuales eclesiológicas.

Pero fue durante su enfermedad cuando percibimos su calidad humana y, especialmente, religiosa. Admirábamos la entereza y naturalidad con que aceptó la realidad de su cáncer, sin perder el ánimo y, desde luego, sabiendo que Dios siempre andaba de por medio. Era fácil percibir su abandono amoroso en los brazos de Jesús en la cruz, manifestando hasta el final la elegancia de su alma en la "aristocracia del espíritu" que se hizo más transparente al llegar al último peldaño de su vida y dando un impresionante testimonio, como hombre y creyente, en los momentos finales de su vida entre nosotros.

Uno de sus superiores destaca la entereza con que llevó su enfermedad; era impresionante oírle hablar del dolor, con serenidad, con calma; sufría mucho, pero con gran dignidad; asumía el dolor con una enorme madurez, con paz, dentro de lo desasosegante que es. Impresionaba mucho su fortaleza,

comentaba con naturalidad su sufrimiento y lo llevaba ejemplarmente. Esta actitud se basaba en una fe profunda en Dios; decía: "Si nosotros, en estos momentos difíciles no creemos, es una contradicción. Creo en Dios y sé que estoy en sus manos", afirmación ésta que repetía con frecuencia e impresionaba a quien la oía. Se le veía cercano a Dios, aceptando desde la fe, una experiencia dura, muy dura. Sabía que Dios estaba a su lado, cercano, acompañándole.

Su Director, a quien Baudilio se confiaba como superior y amigo, escribe, entre otras cosas: "Baudilio quiso que le acompañase a una cita importante con el Dr. Afonso quien le comunicó que el tumor era maligno y que, desde el pulmón, se había extendido al hombro derecho. Tenía metástasis. En aquella ocasión no volvimos directamente a casa; nos paramos un buen rato en un bar. Baudilio quería decirme en qué términos debía expresarme ante la comunidad. Pedía que rezáramos por él, pero no le gustaba que se dramatizara su caso. Hablaba con total dominio de sí. Yo apenas podía decir palabra. En un momento me dijo: 'Mira, Poncho, estamos en las manos de Dios y en Él hemos de poner nuestra confianza en momentos como éste. Esto no hace más que adelantar el momento de la salida'. Al llegar a casa entró en la capilla y se quedó allí hasta que llegó la hora de la oración vespertina para todos los hermanos. Mientras pudo, observó rigurosamente los ritmos de oración comunitarios. Cuando sus fuerzas no se lo permitieron, pedía a algún hermano que celebrase con él. Siempre que fue internado pedía diariamente que se le diera la comunión. También el rosario le acompañó en los momentos de silencio en la Clínica Santa Teresa. Recuerdo con emoción la última vez que le di la comunión. Dentro de la brevedad del rito me emocioné varias veces sin poder continuar. Ese mismo día partí para mi casa y cabía la posibilidad de que esa fuera para mi su última comunión. Yo no lo creía, pero así fue".

Esto es lo que hemos podido constatar; pero detrás de todo ello había en Baudilio una densidad espiritual que explicaba y sostenía su actitud ante la enfermedad, el dolor y la muerte. En él se cumplió lo que dice la Escritura: "Cuando llega el final del hombre se revela su historia; en el desenlace



se conoce al hombre" (Ecl. 11, 27-28) Y así fue. En su enfermedad afloró lo mejor de su interior, su sensibilidad espiritual y su fe en el Cristo doliente que ahora se encarnaba en su cuerpo.

Sin duda alguna su constante fidelidad en el ejercicio de las prácticas de piedad a lo largo de su vida, fue para él un gran apoyo durante su enfermedad. Amanecía poniendo música gregoriana porque, decía, le proporcionaba sensación de paz y tranquilidad. Tenía el rosario siempre cerca y era normal, cuando se le visitaba, encontrarlo con él en la mano. Siempre que pudo, sobre todo estando en casa, no dejaba de celebrar la Eucaristía, acompañado de su hermana María Cruz o de otro compañero; cuando estaba hospitalizado tenía especial preocupación en que siempre hubiera alguien que le llevara la comunión; igualmente, mientras la lucidez y la ausencia de dolor se lo permitían, recitaba las Horas litúrgicas, en donde encontraba siempre pensamientos que aplicaba a su situación y que los empleaba para hacer oración. Podemos decir que el telón de fondo del drama que se desarrollaba en el escenario de su enfermedad, era la presencia espiritual de Dios que le iluminaba y le daba fuerzas para sobrellevar la cruz que el Señor le había colocado sobre sus hombros.

Pero fueron sus expresiones, orales o escritas, el mejor testimonio de su espiritualidad, donde mejor se reveló su interior hasta entonces poco conocido; hizo verdad aquello de que "de la abundancia del corazón habla la boca". Ya queda dicho que la clave con que afrontó su dolorosa enfermedad, era aquello que le había dicho a su Director: "Estamos en las manos de Dios", y bien sabemos que el que tiene esa certeza halla en ella comprensión y fuerza para sobrellevar el dolor, al que Baudilio llamaba "mi fiel compañero". Cuando en su Diario califica el dolor lo hace, a veces, repitiendo estas palabras varias veces seguidas, como dando a entender un largo dolor continuado: "¡Dolor! ¡Ay!, ¡Dolor, dolor, dolor...!"; hubo días que se los pasó en un continuo dolor; a veces lo califica de horroroso, intensísimo, generalizado, fatal, horrible, terrorífico, y escribe que se siente triste, abatido, derrotado, hecho una piltrafa, un desastre, una calamidad, y escribe "Estuve

llorando a lágrima viva", "lloro a moco tendido", dejando las letras del block humedecidas. Esto le sucede, a veces, cuando un hermano o familiar le llama por teléfono. Cuando esta situación de dolor, cosa frecuente, sucede por la noche, -iNox horribilis!-, no puede dormir, se levanta, pasea, se acuesta y así toda la noche, lo que hace que se incremente su dolor y eche mano del "Tristis est ánima mea" del Señor.

Esta situación continuada explica el que, en un 24 de marzo de 2006, ante los intensos dolores, pide a un hermano que le lleve al oncológico; de camino iba llorando y decía: "¡Ay, Señor!, llévame ya contigo, no puedo más, ya no hago nada en esta tierra; ya me has probado bastante y si algo he hecho mal en esta vida, ya lo he pagado con creces". Era tanto su dolor que no podía ni salir del coche; el hermano tuvo que sacarlo como pudo; luego fue caminando detrás, apoyando sus brazos en los hombros de su acompañante y arrastrando los pies; la escena recordaba al hombre apaleado que es recogido por el samaritano. Al llegar ante el médico, el dolor le impedía responder a sus preguntas. Por eso, cuando alguna noche o algunos días, el dolor era suave o desaparecía, exclamaba siempre: "Laus Deo", frase que repetía ante cualquier evento positivo, como era con algunos análisis o diagnósticos.

El recurso a la Palabra de Dios era frecuente. El 29 de abril de 2006, después de una noche de dolor, escribe: "Hoy, Señor, te reitero los sentimientos que te manifesté el día que me informaron de la enfermedad y que ya había sumido cuando me hicieron la biopsia de la próstata", y continúa con las palabras de Pablo: "Si vivimos..., si morimos..." (Rom. 14, 7-9), finalizando con las de Jesús: "Padre, si quieres aparta de mi este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya". Al día siguiente reza con la oración de las preces del domingo III de Pascua: "Señor Jesús, que anduviste los caminos de la pasión y de la Cruz, concédeme que, unido a ti en el dolor y en la muerte, resucite también contigo". Acude a Santa Teresa para expresar sus sentimientos: "Vuestro soy, por vos nací; veis aquí mi corazón...dame muerte, dame vida, dad salud o enfermedad...¿qué queréis hacer de mí?". Le grita al



Señor con el salmista: "Dios mío, de día te grito y no me respondes; de noche, y no me haces caso" (Ps. 21, 3). *"Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme"* (Ps. 12).

El 6 de mayo escribe su grito del 24 de marzo. Pasa la noche desde las 20 h. hasta las 3,40 de la madrugada; *"¡Qué horror de dolor! No me hagas sufrir, Señor, llévame contigo; dolores, dolores, dolores...¡Ay, Señor, Señor. Pasa de mi este cáliz. Llévame, Señor, contigo, donde ya no haya dolor ni llanto ni pena ni aflicción ni dolor, dolor, dolor. ¡Llévame, llévame, llévame!"*. En algunas ocasiones expresa sus sentimientos haciendo suyos los poemas de algunos literatos, porque sintonizan el dolor de esos autores con los suyos propios. Pero es siempre el pensamiento religioso el que acude a su boca y pluma. "El mundo pasa, Baudi, 'pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre" (1Jn, 2,17). Repite con el salmista: *"No hay parte ilesa en mi carne; no tienen descanso mis huesos a causa de mis pecados. Señor mío, no se te ocultan mis gemidos. En ti, Señor, espero. No me abandones, Señor. Dios mío, no te quedes lejos; ven aprisa a socorrerme, Señor mío, mi salvación"* (Ps. 37). Él mismo se hace sujeto de la oración: "Ten compasión de Baudi; por la mañana sácíame de tu misericordia y toda mi vida será alegría y júbilo" (Ps. 89).

Conscientes, como éramos, de sus dolores y no encontrando palabras para consolarle, una tarde el compañero que le llevó al oncológico asido a sus espaldas, le dijo en la Clínica de Santa Teresa, donde había sido internado el 19 de julio de 2006, por tercera y última vez, que si Dios prueba en el crisol del dolor a los que ama, él debía ser muy querido por Dios que tanto le probaba, un privilegiado. Al oír esto se quedó en silencio y después repitió lentamente la frase escuchada y concluyó: "Gracias, es verdad; lo repetiré esto muchas veces: yo soy un ser privilegiado". Era el 4 de agosto de 2006, a pocos días de su muerte.

Es cierto lo ya dicho: "Cuando llega el final del hombre se revela su historia; en el desenlace se conoce al hombre". Su vida, desde esta perspectiva, arroja mucha luz; y porque hay

luz hay sombra; ésta no existe sin aquella. Baudilio, como todo ser humano, afortunadamente tuvo sus sombras, lo que lo hace más cercano a nosotros; pero no se adocenó ni se sentó a la sombra del árbol de la vida, de ese árbol fecundo iluminado por Dios; eso lo hace más cercano a nosotros porque, trascendiendo el claroscuro, las luces y las sombras de toda biografía, nos queda la convicción que necesitamos arquetipos valores, aunque no sean muchos y perfectos, que estimulen nuestra ilusión personal y colectiva. Cada hermano que retorna a la casa del Padre, nos lega siempre algo que imitar y que forma ya parte del tesoro espiritual de nuestra Congregación, tesoro que debemos guardar, acrecentar y legar a los que nos sucedan.

### **Una síntesis de su vida.**

Aún teniendo en cuenta las diversas facetas de la vida de Baudilio y el aproximado perfil que anteriormente hemos expuesto, es su hermano, quien le conoció bien, el que nos ofrece una síntesis cualificada de su vida y personalidad.

“A mi querido hermano yo lo veía así. Era una persona excepcional y singular, tanto por los muchos dones con los que se vio enriquecido, como por su rica personalidad y el modo como vivió su vida.

Dotado de buena inteligencia, de fuerte y tenaz voluntad y de un noble y gran corazón, lo puso todo al servicio y a la causa del Reino y para la mayor gloria de Dios. De finura espiritual y de profundo espíritu de fe, puestos bien a prueba durante los largos meses de su enfermedad. Su aceptación y la entereza mostradas, han sido verdaderamente ejemplares. Siempre puntual en sus obligaciones y a sus momentos de oración. ¡Gran cumplidor!

Hombre humilde y sencillo, humano y cercano; detallista y ordenado; de trato afable y exquisito; de porte distinguido, cortés y educado y, casi diría, elegante; muy atento; de entretenida y amena conversación por su cultura y por el gracejo de sus oportunas y ocurentes expresiones, así como por su fina ironía, que hacía que uno disfrutara a su lado.

Tenía un profundo sentido de la justicia, no permitiendo abusos e injusticias de ningún tipo, ni quebrantamiento de los derechos de los demás, especialmente de los alumnos por su indefensión.



Excelente y competente profesor por su preparación, dedicación y caballerosidad. Gran educador y auténtico maestro, que supo ofrecer y gastar su vida en bien de sus alumnos. No en vano él sabía bien que 'maestro', semánticamente, tiene la misma raíz que 'madre' y 'mama', y que es dando la vida como uno la ennoblece y se realiza. Fue muy admirado por sus alumnos.

Amigo de todos, pues de todos se hacía querer, pero, sobre todo, amigo de sus amigos. Le gustaba cuidar y mantener sus amistades. No olvidaba nunca esos detalles con los que mantenía viva su cariñosa presencia, especialmente en fechas señaladas, y que eran expresión de una verdadera amistad.

En resumen: ¡Todo un caballero y una gran persona! Orgullo de toda la familia y, creo, que también de sus alumnos, y de quienes le conocieron y trataron en profundidad".

Los que hemos convivido con Baudilio estos cinco últimos años de su vida podemos certificar lo que su hermano dice de una manera tan condensada. Así fue y así nos pareció.

## **LA DESPEDIDA.**

Una vez que su hermana nos comunica que a las 4,45 había muerto Baudilio, nos hicimos presentes de inmediato e iniciamos las primeras gestiones propias de estos casos. A las 9 de la mañana el cuerpo de Baudilio es instalado en la capilla de la Comunidad, en donde se celebra una Eucaristía, presentes los hermanos de la Comunidad, su hermana y unos sobrinos que enseguida se habían acercado a la Clínica, nada más fallecer.

Durante la mañana del día 11, su cadáver es velado en la capilla de la comunidad por sus familiares, conocidos y miembros de la Familia Salesiana. Al mediodía el féretro es bajado a la parroquia y rodeado de numerosas coronas y centros. Van pasando muchas personas para rezar por él. Fue conmovedor ver a sus ocho hermanos, de pie, cuatro a cada lado del féretro, fijos los ojos en el hermano que tanto querían y tanto los quería.

La Comunidad, junto con D. Filiberto Rodríguez, Consejero General para Europa Oeste, y D. José Rodríguez Pacheco, Inspector de la Inspectoría León, se reúne en el comedor del Colegio para almorzar con todos los hermanos y familiares de Baudilio que habían venido al funeral y entierro. Aquel encuentro fraterno sirvió para serenar los ánimos de todos ellos, al comprobar cómo en ellos era querido y acogido Baudilio. Mucho agradecieron este gesto de la Comunidad en que había vivido los cinco últimos años de su vida.

A las cuatro de la tarde tuvo lugar el solemne funeral, 'corpore insepulto'. La iglesia estaba repleta de gente, en especial miembros de la Familia Salesiana, profesores, alumnos y feligreses de la parroquia. Presidió la Eucaristía su hermano Porfirio, acompañado por D. Filiberto Rodríguez, y D. José R. Pacheco. Con ellos concelebraron unos cincuenta sacerdotes.

La homilía corrió a cargo de D. Filiberto Rodríguez, amigo y buen conocedor de Baudilio, por lo que sus palabras son otra buena descripción de nuestro hermano. Entre otras cosas dijo lo siguiente:

"Estamos despidiendo a un cristiano, un creyente incorporado a Cristo por el Bautismo. Estamos de tal modo obligados a Él, que nuestra muerte es su muerte, su destino es nuestro destino: la resurrección. Baudilio fue un cristiano de verdades sólidas, fundamentales, sin adornos, austero, de actitudes coherentes, hijo de la Iglesia; estaba con ella en lo esencial, ajeno a modas, y siempre sintiéndose libre para hacer las observaciones que creía debía hacer.

Fue un religioso que aceptó, por la profesión, la centralidad y prioridad del seguimiento de Cristo; que maduró esa opción en momentos de dificultad, dudas o errores que le sirvieron para purificarse y ganar en autenticidad. Esta actitud se consolidó de modo que la muerte fue el sí definitivo al proyecto que el Padre tenía sobre él. Éste sí se preparó a través del dolor, aceptando la cruz como Cristo y con Él. A los elegidos Dios llega a exigirles la pérdida de toda seguridad que no sea Él. Baudilio pasó por ese trance, sobre todo en los últimos días, poniéndose en las manos de Dios, como él



mismo decía: 'Estamos en las manos de Dios'. Como Cristo, pudo decir en la cruz de su lecho: "consumatum est".

Fue un salesiano llamado a vivir un carisma particular: ser educador que evangeliza educando. Ello le llevó a ser:

- \* Un profesional de la Educación: ejemplar y sacrificado, maestro que se preparaba meticulosamente, siendo justo en las correcciones de los trabajos, mucho más cercano a la misericordia que a la dureza, dando todas las facilidades para recuperar al alumno. En suma, un gran trabajador.

- \* Un hijo de Don Bosco, haciendo suyo el humanismo de San Francisco de Sales: cortés, educado que educaba, hacía amigos, enseñaba urbanidad con su ejemplo, porque para él la urbanidad era la flor de la caridad; era amplio y generoso en el agradecimiento a cualquier detalle que se tuviera con él, sea con la familia, los compañeros y los alumnos. Era amigo cercano, sin atosigar ni invadir campos ajenos. No creía en una espiritualidad que no se tradujera en generosidad y servicio.

- \* Fue un buen hijo de la *Congregación Salesiana*: en los momentos de dolor decía: "Sufro mucho, pero lo sufro por la Congregación".

Finalizado el funeral, su hermano Porfirio dio gracias a todos los asistentes y de un modo especial a todos los que, de una manera o de otra, habían acompañado a Baudilio en estos dos años de sufrimientos. Destacó, sobre todo, cómo afrontó su muerte y cómo se preparó con la comunión diaria y la recepción del sacramento de la reconciliación. Fueron unas palabras que reflejaban su amor de hermano, llenas de una emoción contenida que nos envolvía a todos.

A las cinco salió la comitiva hacia el cementerio de San Amaro en donde, a las cinco y media, el féretro fue inhumado en el panteón de la Familia Salesiana.

En el Colegio y antes de dispersarse, los hermanos y familiares de Baudilio expresaron efusivamente a la Comunidad su agradecimiento por la acogida que se les había dispensado y por el cariño con que se les había tratado.

No queremos finalizar esta carta sin agradecer cordialmente a los que acompañaron a Baudilio en su enfermedad: al Inspector y su Consejo que tan cerca estuvieron de él; a los hermanos de esta Comunidad siempre dispuestos a ayudarlo y consolarle; a los hermanos de la Inspectoría que le visitaron y se interesaron por él; a los catorce médicos que le fueron tratando, en especial al Dr. Javier Alfonso, que siguió directamente su enfermedad y coordinó al equipo médico; a las enfermeras que le cuidaron en los Sanatorios de Santa Teresa y Modelo, así como en el Oncológico; a sus hermanos Mariano, Urbano, Patrocinio, María Cruz, Amalia, Porfirio, Genoveva y Alfredo, y familiares, que se iban haciendo presentes en diversos momentos, viajando desde muy lejos. Pero de un modo especial queremos dejar constancia de nuestro mayor agradecimiento a su hermana María Cruz, primero, porque estuvo con él a lo largo de su enfermedad en los últimos meses, residiendo en nuestra comunidad y acompañándole en el Sanatorio de Santa Teresa, día y noche, cuidándole como una madre hasta recoger su último suspiro; y segundo, por el ejemplo de bondad y servicio que nos dio a todos los que con ella convivimos. Que Dios se lo pague con creces.

Queridos hermanos: damos gracias a Dios por la vida de Baudilio y el regalo que nos hizo con su presencia entre nosotros durante estos cinco últimos años de su vida y, en especial, por el ejemplo que nos dio en sobrellevar su dolorosísima enfermedad y por la oportunidad de ayudarlo durante la misma. Dios nos conceda imitar sus ejemplos de fe y de amor a Dios, la Iglesia y Don Bosco. Nuestra Madre Auxiliadora lo acogió en sus brazos y lo presentó a su Hijo Jesús. Descanse en paz.

La Comunidad Salesiana de "San Juan Bosco".  
La Coruña.

Esta semblanza no hubiera sido posible escribirla sin la generosa colaboración de los que nos han escrito y cuyas manifestaciones hemos tratado de condensar, dado que muchas se repetían. Son estos: Antonio Arto, Nieves de la



Calle, Marcelino Carreto, Félix Domínguez, Ángel Fernández Artime, Alberto García-Verdugo, Ildefonso García Nebreda, Anselmo Gil, José Antonio Larreátegui, Ángel Miranda, Adolfo Requejo, Lázaro Revilla, Manuel Rodríguez Maneiro, Honorio Rodríguez, José Antonio San Martín, María Cruz Villegas y Porfirio Villegas. También nos han servido las comunicaciones orales de algunos hermanos y las cartas que le escribían sus alumnos en las que manifestaban las razones por las que era tan querido y apreciado.

Excepcionalmente, y para no recargar el texto, sólo hemos reproducido las palabras de su hermano Porfirio, de su Director, Ildefonso García y las de D. Filiberto Rodríguez, por la cercanía y conocimiento que tuvieron de él. A todos, muchas gracias, en especial a Baudilio que nos dejó un excepcional testimonio escrito de sus últimos dieciocho años y medio de su vida.





Datos para el Necrologío

**D. BAUDILIO VILLEGAS DÍEZ**

Salesiano Sacerdote

Nació en Vallespinoso de Cervera (Palencia)  
el 20 de mayo de 1937.

Murió en A Coruña el 10 de agosto del 2006  
a los 69 años de edad,  
51 de profesión religiosa y 41 de sacerdocio.